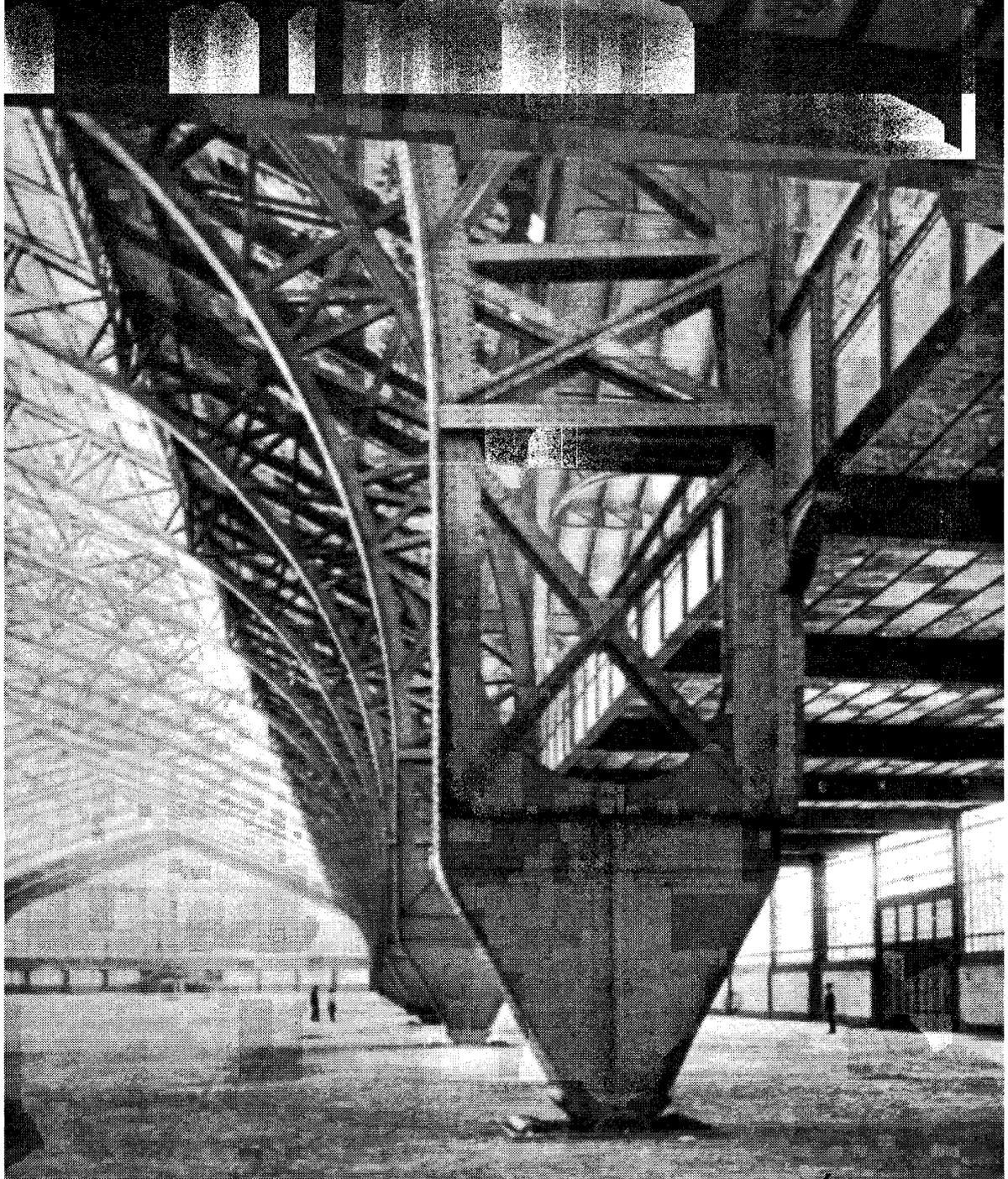


**MIENTRAS LABRAN LOS SILLARES /
LAS NUEVAS FORMAS DE LA ARQUITECTURA**



LEOPOLDO TORRES BALBÁS



EL ESTILO ESPAÑOL

Varios años lleva el vulgo culto y bastantes profesionales hablando de él y todavía no sabemos lo que quiere decirse con esas palabras. ¿Refiérense al estilo mudéjar, al arte del renacimiento, a la arquitectura herreriana, al barroquismo? Únicamente la audaz ignorancia puede emplear ese término, creyendo tal vez que en el transcurso de nuestra historia no ha existido más que una sola evolución artística y que ésta ha sido uniforme en todas las comarcas españolas.

En nombre de ese falso y desgraciado casticismo, se nos quiso imponer el *pastiche*, y fijándose en las formas más exteriores de algunos edificios de esas épocas, se las trasladó a nuestras modernas construcciones, creyendo así proseguir la interrumpida tradición arquitectónica de la raza. Y no pensaban los propagandistas de esta tendencia en que, según ella, el casticismo consistía en imitar a los arquitectos de hace unos siglos, los cuales indudablemente no fueron castizos, pues no





imitaron a sus antecesores, Si ese casticismo se hubiera cultivado desde los comienzos de la historia, aun seguiríamos viviendo en cuevas y abrigos naturales.

La ignorancia también impedía ver a algunos *casticistas* que casi todos los movimientos desarrollados en la historia arquitectónica de España, lo fueron en virtud de influencias exteriores, necesarias siempre para un fecundo renacimiento, y condicionadas luego por un fuerte acento con el que se las va asimilando nuestra raza. El horror de los *casticistas* a todo lo que fuera exótico, suponía, además de estrechez de espíritu, falta de fe en esa fuerte individualidad española capaz de moldear a su manera cualquier tendencia, por extraña que fuere.

EL VERDADERO CASTICISMO

Al lado de este falso casticismo, que ignora la evolución de nuestra arquitectura —el conocimiento implica respeto— y sólo conoce unas pocas láminas de algunos de sus monumentos, hay otro vital y profundo que desdén lo episódico de una arquitectura para ir a su entraña, y que fiado en su personalidad, no teme el contacto con el arte extranjero, que puede fecundarle.

Propaguemos este sano casticismo abierto a todas las influencias, estudiando la arquitectura de nuestro país, recorriendo sus ciudades, pueblos y campos, analizando, midiendo, dibujando los viejos edificios de todos los tiempos, no sólo los monumentales y más ricos, sino también, y tal vez con preferencia, los modestísimos que constituyen esa arquitectura cotidiana, popular y anónima, en cuyas formas se va perpetuando una secular tradición, y en la que podremos percibir mejor el espíritu constructivo de nuestra raza. Y después de esto, si tenemos la sensibilidad necesaria para habernos asimilado consciente o inconscientemente, no las formas externas que constituyen lo que más varía en arquitectura, como la decoración y la molduración, por ejemplo, sino las proporciones, la relación de masas y volúmenes, el reparto de la decoración, etc., es decir, su esencia, entonces estaremos en condiciones de continuar una tradición y ser *casticistas*.

Cuando llegue el momento de «proyectar», el arquitecto así preparado, indudable, seguramente, no pondrá delante de su tablero fotografías y dibujos del Palacio de Monterrey, de la Universidad de Alcalá, de los caseríos vascos ó de las torres mudéjares de Toledo, y modernizando ligeramente detalles de esos edificios los trasladará al papel y creará así —modestamente— contribuir al resurgimiento de la arquitectura nacional. Sabrá que los pináculos de Monterrey y su galería, aislados, son caracteres episódicos, y que la esencia de ese edificio está en sus proporciones, en el contraste entre los grandes lienzos de sillería desnudos, sin ventanas ni decoración alguna, los balcones y el tema seguido de la galería alta; sabrá asimismo que algo análogo ocurre en la fachada de Alcalá, que las torres mudéjares de Toledo forman un conjunto inseparable con sus iglesias y tienen unas proporciones unidas ya indisolublemente a sus formas; que el arco de herradura es absurdo emplearle en construcciones contemporáneas, y repugna a nuestra moderna sensibilidad en obras nuevas. Todo edificio forma un conjunto inseparable con la atmósfera que le rodea en el tiempo y en el espacio: luz, construcciones inmediatas, historia, perspectiva, juicios que ha merecido, etc., etc.

El arquitecto conocedor de la esencia de nuestra arquitectura, repetimos, no necesitará fotografías y dibujos de sus monumentos para proyectar. Cuando coja el lápiz no recordará este detalle de Sevilla o aquel otro de Guadalajara, sino que inevitable, fatalmente, si dada su formación es un verdadero artista, sabrá traducir en formas modernas el espíritu tradicional de la arquitectura española.

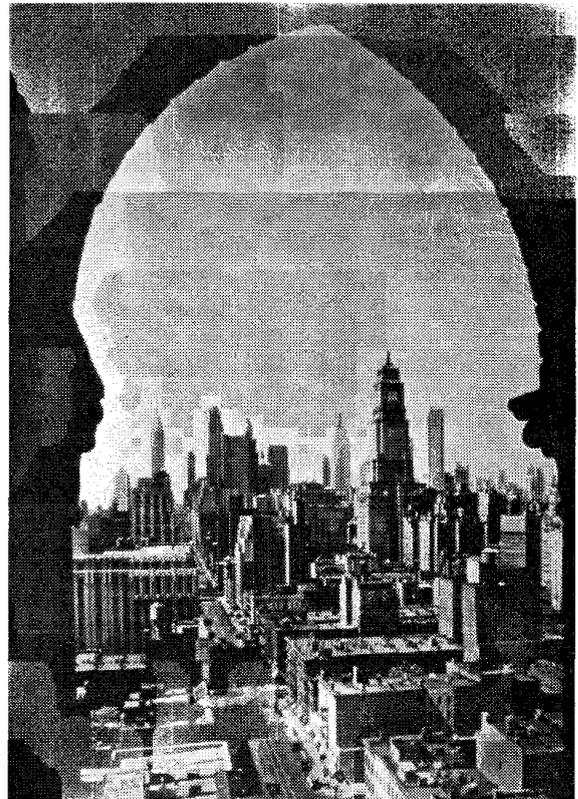
MUY ANTIGUA Y MUY MODERNA

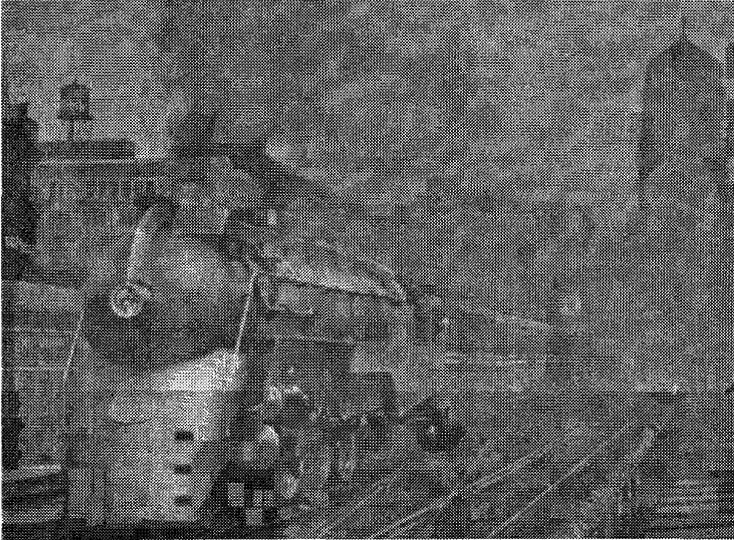
Muy antigua y muy moderna, sí. Muy antigua en cuanto que la arquitectura es un arte social de evolución lenta, y cada raza, cada pueblo, ha ido moldeándola durante centenares de años, según su peculiar espíritu. Muy moderna también: no cultivemos un arte de recuerdos, frío, sin alma, tratando de dar vida a un pasado irremediabilmente muerto en nombre de un falso casticismo. Seamos de nuestro tiempo; no cerremos el espíritu a ninguna manifestación de arte, por

exótica que sea; tal vez pueda fecundar de nuevo, a pesar de su exotismo, la tradición. Acojamos cordialmente las nuevas formas, y huyendo de toda afectación, lo peor en arte, tratemos de expresar la vida plena y totalmente, la vida formada por los sedimentos del pasado y las nuevas aportaciones de un presente en constante transformación.

«Vivamos, apasionada y libremente, nuestro tiempo».

Leopoldo Torres Balbás, «Mientras labran los sillares», publicado en *Arquitectura*, Madrid: núm. 2, junio de 1918, pp. 31-34





LAS NUEVAS FORMAS DE LA ARQUITECTURA

Desde hace bastantes años críticos y arquitectos claman sin descanso por el alumbramiento de nuevas formas arquitectónicas que estén de acuerdo con el espíritu y la sensibilidad de la sociedad moderna. Nuevas ideas y sentimientos nuevos, servidos por materiales recientísimos, debían crear, se dice, un nuevo estilo.

Esquemáticamente puede hablarse de la sucesión de los estilos en gran parte de Europa, con características tan definidas, que es fácil a los historiadores de la arquitectura reseñar en sus manuales, con sistematización rigurosa en la apariencia, cómo al estilo románico sigue el gótico, a éste el renacimiento, y después sucedense el greco romano, el barroco y el neoclásico, hasta llegar a los primeros años del siglo pasado.

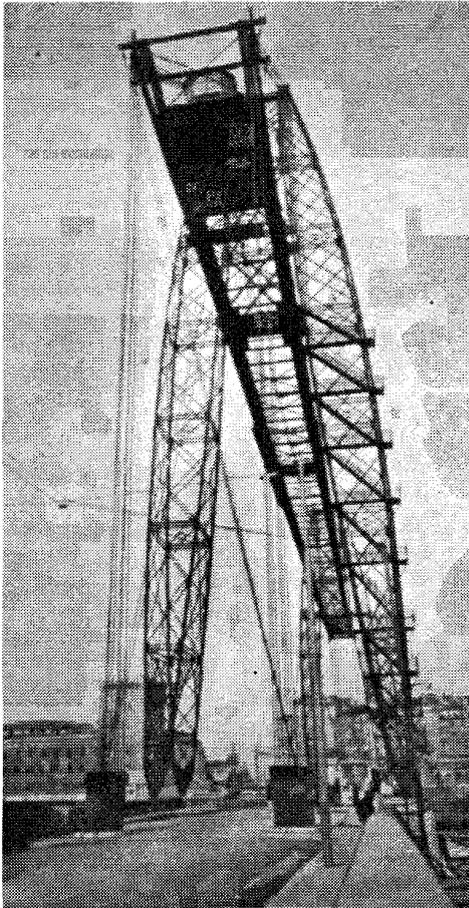
Las dificultades para los futuros autores de esos manuales de historia arquitectónica, residen en estos últimos cien años. ¿Cómo dar a sus lectores una síntesis, que pudiera llegar a ser lugar común, del movi-

miento constructivo de esa época? Los estilos, como-dísimos para los aficionados al encasillamiento, pues permiten la clasificación de cualquier edificio, no tienen utilidad alguna para la mayoría de los modernos. Actualmente, cada arquitecto proyecta en completa anarquía y su erudición permítele inspirarse en obras de todos los países y de todas las épocas. Bordean las calles de nuestras ciudades edificios pseudo-góticos, pseudo-renacentes ó pseudo-barrocos, entre otros, vistos en una revista vienesa, ó en un libro parisién. Es imposible hallar factores comunes en la arquitectura contemporánea y por ello dicese que no tenemos estilo.

Un sutil crítico francés, Camilo Mauclair, ha hablado del silencio de la arquitectura, que, de todas las artes, es la que experimenta un eclipse más evidente y total en la actualidad. Muchas y muy diversas son las causas a que se atribuye tal decadencia. Entre ellas, una de las más interesantes es el desinteresamiento de las muchedumbres actuales por el arte de la construcción: La arquitectura es la menos individual de todas las artes; cuanto más colectiva sea su gestación, más ganará en extensión y universalidad. Formáronse las antiguas arquitecturas al calor de grandes movimientos afectivos que hoy no sentimos.

En la desorientación actual, Alemania tal vez es la nación que dio una nota más personal en la arquitectura contemporánea. Aparte de otras razones para ello, el pueblo germánico sintió en masa una de esas ideas apasionadoras capaces de dar vida a un arte tan colectivo. Fué la idea del poderío alemán, de su supremacía sobre los demás pueblos, del dominio que ejercería sobre el resto del mundo. Era el *Deustchene über alles*: expresado en formas arquitectónicas por el monumento de Leipzig y los muchos levantados en Alemania a sus reyes y guerreros o simplemente a la grandeza y poderío de su pueblo.

Otra nación vigorosa y joven, los Estados Unidos de América, han creado un tipo de edificio moderno, los gigantescos rascacielos, representativos de la potencia de su raza. Pero en ellos, el acero de su estructura ha adoptado formas y disposiciones originales y modernas, mientras que, con los revestimientos de antiguos materiales no se ha sabido más que imitar las formas viejas que otras épocas dieron a la piedra y la madera.



Con la mayor indiferencia concebimos hoy los grandes edificios modernos: ministerios, palacios, bancos, casas de alquiler y de comercio, fábricas, etc. ¿A qué gran ideal obedece su construcción? Si existe, somos incapaces de sentirlo. Trabaja en ellos nuestra inteligencia; no interviene la pasión que fecunda y vivifica todo cuanto toca. El pueblo, a su vez, asiste indiferente á su construcción.

La arquitectura ha llegado a ser la menos popular de todas las artes, cuando por su esencia es la más. Y actualmente, todo lo que creamos con ese nombre,

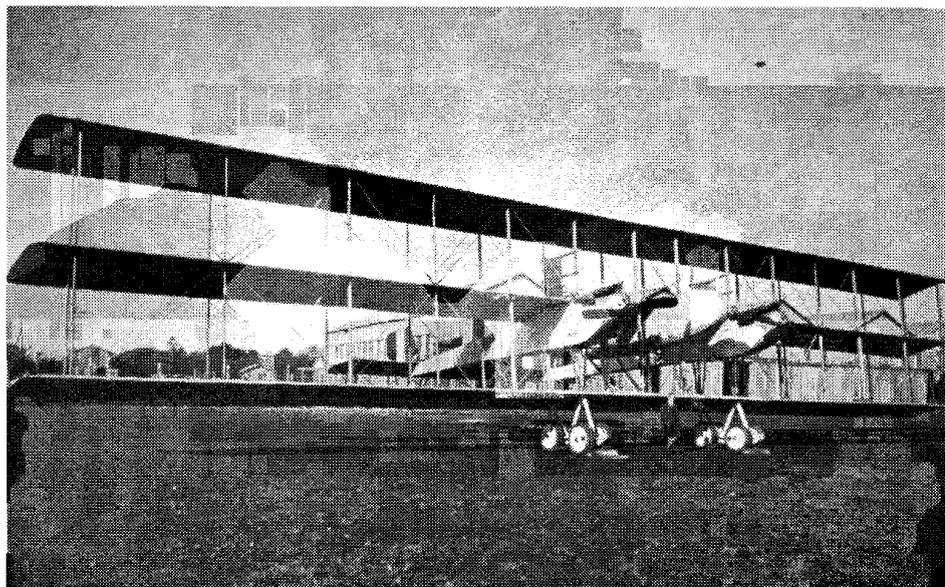
son elucubraciones de nuestras inteligencias eruditas y pedantescas casi siempre, sin calor de vida, sin que el más pequeño indicio de pasión las anime, de las que está ausente por completo el alma popular y colectiva, que es a la postre la inspiradora de las grandes obras humanas.

Un grupo de edificios hay en los que hemos conseguido alcanzar, dentro de nuestra desorientación, formas y disposiciones felices. Es la casa habitación aislada, vivienda de una sola familia. La idea de la vida cómoda dentro del hogar, rodeados de el *confort* moderno, es cosa que todos sentimos intensamente. Nos interesa mucho más la arquitectura como particulares que como ciudadanos, ha dicho el citado Maclair.

Carecemos de ideal religioso; preocupaciones de vida ultraterrena no nos inquietan como antaño; el poderío, la gloria de una nación como sentimiento exclusivo y de agresión desaparece de las muchedumbres; las varias conquistas y glorias militares, va aprendiendo el pueblo lo que le cuestan; nadie es capaz de sentir un ciego entusiasmo por una casta, una dinastía o un hombre.

Pero dos ideales modernos conmueven la sensibilidad colectiva y pueden llegar a ser fecundos para el arte. Es el primero la idea del progreso humano en marcha continua capaz de ir dominando el tiempo y el espacio. Sus creaciones, clasificadas hoy como de la ingeniería en una división que comienza a ser algo arbitraria, son las más bellas de nuestra civilización.

Es el otro ideal la redención de los parias de los miserables, el derecho de todo ser humano a alcanzar una vida en la que, libre de la miseria, y de la injusticia, pueda disfrutar de los goces y tormentos de la inteligencia y del arte. Ideal más abstracto que el primero, no ha alcanzado aun su interpretación en formas arquitectónicas. Tal vez pasen siglos de luchas y transformaciones antes de conseguirlo; no olvidemos que el cristianismo, por ejemplo, tardó centenares de años en lograr su acabada representación arquitectónica.



Alborozadamente saludaron muchos las construcciones metálicas, pensando que llegarían a ser la arquitectura de los tiempos presentes.

Más tarde, tal vez el hierro, en nuevas disposiciones, pueda adoptar formas fecundas en resultados, en los edificios; hasta el momento presente los esfuerzos para conseguirlo han obtenido escasa fortuna.

Acogieron después con iguales esperanzas y resultados las formas imprecisas del hormigón armado.

En Alemania y en Austria, especialmente, buscábase un estilo moderno a través de laboriosas gestaciones en las que se admitía todo, con tal de que no se pareciese a las obras maestras del pasado. ¡Consumidor afán de originalidad desconocido en épocas de apogeo arquitectónico! La mayoría de tales ensayos no producían obras bellas, pero en cambio eran incongruentes, aplastantes, y los buenos burgueses de Darmstadt, de Munich o de Weimar, preguntábanse consternados si los arquitectos de sus ciudades habían perdido la cabeza.

Este viejo arte de albergar a los hombres, está en completa decadencia. A pesar de las hondas sacudidas del espíritu en nuestros días y de la radical transformación que se efectúa en todas las actividades humanas, la arquitectura de los edificios no ha dado hasta ahora una nota original y bella que pueda ser origen de un movimiento fecundo.

Derrúmbase la burguesía después de la gran guerra, así como la aristocracia cayó ante la revolución francesa; el régimen económico del mundo comienza a transformarse radicalmente; una moral audaz, más de acuerdo con los sanos instintos naturales, empieza a presentirse; el pensamiento humano ahonda cada día con mayor independencia en las interrogaciones eternas de la vida. Mientras tanto en nuestras viviendas seguimos reproduciendo los temas centenarios, las viejas formas que la arquitectura nos ha legado.

Y es que la arquitectura clásica, la que levanta los edificios de nuestras ciudades, es un arte viejo y en plena decadencia. Es inútil querer resucitarle. Otras formas bellísimas que contemplamos diariamente, constituyen la verdadera arquitectura de la hora actual y tienen la sugestiva modernidad que anhelan nuestros espíritus.

Son las que pudiéramos llamar de la arquitectura dinámica: los grandes trasatlánticos de curvas graciosas y enérgicas, los acorazados formidables, las locomotoras gigantescas que parecen deslizarse por las praderas, los aeroplanos que imitan como casi todas las anteriores, las formas de la naturaleza.

Ellas, unidas a las de los viaductos y puentes metálicos, las modernísimas estaciones de ferrocarril y las enormes fábricas, construidas durante la guerra, hacen que nuestra época pueda compararse arquitectónicamente a la de los templos griegos y las catedrales góticas.

Los futuros historiadores de la arquitectura, deberán señalar el comienzo de una nueva era en la que mientras agonizan las formas tradicionales de una arquitectura basada fundamentalmente en principios estáticos, surgen esas otras formas de una belleza tan moderna y tan grande de la arquitectura del movi-

miento, propia de los tiempos presentes. El pasado, són la piedra y la madera, materiales con los que no tenemos ya nada que decir; el porvenir está en el hierro, el cobre y el acero. Y notemos, finalmente, que las obras de esta arquitectura moderna ofrecen la misma lógica constructiva, igual razonamiento de sus formas que el mejor templo griego y la catedral gótica más pura, y que como éstos, son obras colectivas, cuyos autores permanecen en el anónimo.

Leopoldo Torres Balbás, «Las nuevas formas de la arquitectura», publicado en *Arquitectura*, Madrid: núm. 14, junio de 1919, pp. 145-148

